

## SINGULARIDAD DE UNA MIRADA (IRENE MOCHI SISMONDI DE GUILLÉN)

DIONISIA GARCÍA

### **Resumen:**

Evocación de la figura de Irene Mochi Sismondi, la mujer de Jorge Guillén a través de los recuerdos de diversos encuentros a lo largo de los años en Málaga y en Murcia, con referencias a la correspondencia mantenida y a sus siempre sabias opiniones sobre asuntos literarios, que pone de relieve la intimidad de esta relación intelectual y familiar.

### **Palabras clave:**

Irene Mochi Sismondi, Jorge Guillén, Málaga, Murcia, literatura poesía.

### **Absract:**

Evocation of the figure of Irene Mochi Sismondi, Jorge Guillén's wife through the memories of various encounters over the years in Malaga and Murcia, with references to the correspondence maintained and her always wise opinions on literary matters, which highlights the intimacy of this intellectual and family relationship.

### **Keywords:**

Irene Mochi Sismondi, Jorge Guillén, Málaga, Murcia, poetry literature.

Conocí a Irene Mochi Sismondi en la primavera de 1980, era la esposa de Jorge Guillén, a quien fui a entrevistar por encargo de un Suplemento Literario. Llamaba en ella la atención su cordial elegancia, junto al modo solícito y amable de atender cualquier sugerencia del poeta. Fueron momentos emocionados que finalizaron con

unos versos leídos por don Jorge, del poema *Segunda carta urgente*, versos dedicados a Irene. La voz del poeta se oía sentida y firme. Irene a su lado correspondía con la mirada. Ambos ofrecían una bella y amorosa imagen.

Tras ese primer encuentro, en el intercambio de correspondencia con don Jorge iniciado años atrás, escribía Irene Mochi unas palabras, junto a las del poeta. Así comenzó una relación de conocimiento, acrecentada por nuevos encuentros. Nuestras afinidades fueron estrechando lazos. Irene era una gran lectora, y disfrutamos las coincidencias en cuanto a géneros y autores. Recuerdo cómo aplaudimos hace años la escritura de Natalia Ginzburg, sobre todo, *Léxico familiar*.

El leer en varias lenguas permitía a Irene Mochi transitar por textos que no habían sido «tocados», lo cual daba lugar a ricas y sugerentes aportaciones en beneficio de sus lecturas, comentadas cuando la ocasión lo requería. En un determinado momento, habló de su primera lectura de Ana Karenina a los 16 años; tuvo lugar en Rhodas, «entre naranjas y lágrimas» (esas fueron sus palabras), mientras comía una de esas hermosas mandarinas de la tierra. Por su manera de contar, conseguía que quien escuchaba visualizara la escena. Poseía el don de transmitir la sustancia de las cosas, y solía hacerlo a través de episodios vividos válidos para la evocación y el recuerdo de otras vidas, si el interlocutor aprovechaba esos momentos de luz. Era gozoso escuchar pasajes de su vida familiar, luminosos en los años de infancia. Contaba de su residencia en Turquía y en otros países por la profesión de su padre. Una fotografía en blanco y negro, que ella robó al tiempo (bellísima en sus detalles), daba cuenta del entorno familiar que por fortuna pudo disfrutar entonces. Hemos de añadir que Irene amaba la vida en presente, y le gustaba comentar de su familia de ahora, de las idas y venidas para alegrar sus años últimos. Teresa y Claudio Guillén eran apoyo y referencia constante en sus afectos.

Su cualidad de lectora singular, a la que hemos aludido, inducía a averiguar de quién recibió el «soplo» en los comienzos. Creía ella en la posible iniciación a través de su madre, nacida en la Toscana (donde se habla el mejor italiano, añadía Irene), y perteneciente al Liceo, palabra utilizada entonces para designar la asociación que propiciaba el impulso y relaciones entre mujer y cultura, especialmente literaria. No es extraño que sus dotes de lectora la llevaran a escribir. Tuve ocasión de leer parte de sus prosas antes de ser publicadas. Hasta donde el conocimiento de su lengua me llevó, apreció el bien de sus palabras. Interesantísimos los pasajes que recogen acontecimientos memorables junto a Jorge Guillén. El título del libro *Alla rinfusa* (todo mezclado) nos orienta sobre unas páginas escritas desde el desordenado orden de la vida.

Hablar con Irene era asomarse al mundo. Con fina ironía y atinada percepción, aportaba sugerentes ideas sobre el entramado sociológico, artístico y filosófico de épocas precedentes, y del mundo que nos ha tocado vivir. Como si de una buena página se tratara, ideas consistentes afloraban en la conversación. De ahí que cada

encuentro ofreciera su peculiaridad, y fuera enriquecido por variados matices, comparables con los diferentes colores, que tanto le gustaba encontrar en las piedras (recuerdo su disfrute y admiración ante las tonalidades del barroco veneciano del Palacio Episcopal, y el bifronte de la Catedral en la Plaza del Cardenal Belluga de Murcia), y en el paisaje, que contemplado por Irene adquiriría otras dimensiones. Así ocurría también con pasajes de escritura, vivencias cotidianas, o el mundo de los objetos. Digamos que el acontecer con su acompañamiento recibía luz a través de una mirada capaz de desdoblarse. En Irene Mochi adquieren realidad estas palabras: «No hay arte, sino disposiciones innatas». Digamos, por tanto, que Irene perseguía lo bello, y trataba de encontrarlo y transmitirlo en cualquier ocasión o momento. Tengo ahora, ante la mirada, un prisma de cristal colgado cerca de la ventana. En las primeras horas de la mañana, los chispeantes colores del cristal reciben como bella compañía en el comienzo de la jornada. Al coger el libro de lectura, encuentro el señalador que prefiero: una reproducción de Georges Seurat, el pintor puntillista francés de finales de siglo. A la mano, y como guarda de los textos en marcha, una de las piedras de Irene, un ágata de colores verdosos y amarronados, protegida por un caparazón gris, herido en un extremo para mostrar la epidermis de la piedra de un tostado oscuro. La faz del ágata está presidida por una boca elocuente, de modo que quien mira el objeto no lo hace con indiferencia. Un comedero de pájaros en libertad fue su último obsequio. El picoteo de las aves y su posterior ascenso a vuelo bajo, gratifican instantes que nos ofrece la naturaleza, de los cuales Irene era una gran aprovechada.

Nuestras conversaciones giraban en torno a temas muy diversos. No es extraño que surgiera lo relacionado con las cartas escritas por el poeta Jorge Guillén a su primera esposa Germaine, un largo epistolario que, sin duda, merecerá la pena leer. Irene se inclinó por la opción de la espera, ante dos posibilidades, y que fueran publicadas después de su muerte. Hemos de suponer unas cartas de verdadero enamorado, donde quizá puedan leerse expresiones semejantes a las leídas o escuchadas por Irene, que sabía de la grandeza del poeta y también de su ternura y humanidad. Las segundas esposas (lo sé por experiencia familiar) han de convivir con recuerdos del pasado de quien aman. Muy distinto es que dichos recuerdos, ya amortiguados, salgan a la luz en presente, y aviven el amor que fue, ante unos ojos también enamorados.

En ocasiones, referíamos de nuestros familiares del pasado, de aquellos seres que ya no estaban con nosotros y habíamos amado, aun no coincidiendo con ellos en variados aspectos. Comenté de una persona cercana y generosa, que no supe apreciar en su medida. Irene adivinó de quien se trataba y escuchó con el rostro ensombrecido, después, como entendiendo mi pesar, se atrevió a preguntar mientras escribía en el aire: ¿has dicho algo sobre esto? Respondí afirmativamente, la respuesta contribuyó a desvanecer la tensión del momento.

El arrebató, la muerte lo es, nos deja con temas sin concluir. Recuerdo que en una de las conversaciones con Irene, propuse una cuestión que siempre me ha interesado, sobre la cual, ella tendría algo sustancioso que decir: los orígenes del arte. En qué momento se decidió la excelencia, el canon que determinaría la exclusión o inclusión en el *territorio*. Para Irene también suponía dar entrada a un interrogante que había sido suyo en otro tiempo. Se encogió de hombros, y mencionó a teóricos que afirmaban de la existencia *en sí* del arte, de su inmanencia. A pesar de ello seguimos insistiendo en ese comienzo insondable y remotísimo, donde acaeció la primera mirada de luz y descubrimiento, más allá de Egipto y Grecia, lugar este último donde Aristóteles dio su parecer («El arte aparece cuando de una multitud de nociones experimentales se extrae un solo juicio universal»), quizá el más atinado, pero muy posterior al *despertar* que nos ocupaba, cuando Irene, lúcida, quiso continuar. Eran las últimas horas de la tarde. Poco después dejamos el ensanche verde para entrar en «La Casa amarilla» como llamaba yo a la residencia Seniors. Ahí quedó el inicial proyecto de indagación que, como tantos otros, creíamos poder reanudar sin precisión del tiempo.

Durante los años de vida en Málaga, Irene tuvo el privilegio de contar con una ventana al mar, con los barcos que, de vez en cuando, variaban el paisaje. Le gustaba la ciudad elegida por su esposo y disfrutada por ambos. En ella quiso permanecer tras la muerte del poeta. Los encuentros se sucedieron, unas veces para mitigar tristezas, otras para celebrar alegrías. También nuestros afectos y posibles problemas familiares discurrían en la conversación, junto a los acontecimientos de actualidad, o lo más personal e imprevisto. Inevitable que Irene comentara de su soledad. En un momento determinado, dirigiéndome a la terraza dije sonriendo: con este mar que vela por ti, siempre fiel y presente... Miró hacia las aguas en silencio y no dijo nada. Comprendí que mi recurso de aliento le había parecido banal, y así lo consideré yo. Bien distinto era que admirara el bello *fluir* de la naturaleza en sus variados aspectos, y se sintiera universo de algún modo. Referiré una de sus expresiones por la coherencia con lo dicho: «Si algo ha de venir después de la muerte, aquí estoy como una persona normal que ha tratado de hacer bien las cosas, mientras tanto, me siento parte integrante del todo». Algo así decían sus palabras cuando el trascender era tema.

El último almuerzo con Irene en su casa de Málaga tuvo lugar el diecisiete de junio de dos mil. Brindamos por el presente con una copa de Barbadillo, uno de sus vinos preferidos junto a Mateus («vino *rosso* con sus burbujas escarlata», decía). Era una magnífica anfitriona que cuidaba los detalles. A pesar de sus limitaciones para caminar, hacía lo imposible para que las cosas pasaran por su mano. En aquella ocasión lo cotidiano tuvo su protagonismo. Irene precisaba ayuda en el día a día, había pasado a otro estadio que configuraba su manera de vivir, el cambio. Por otro lado, ella necesitaba orden en las cosas, a veces parecía que respetaba sus propios hábitos: «Querida Dionisia, soy libérrima en cuanto a las ideas, pero conservadora en las

costumbres». Apostilló su declaración y nos reímos de nuestras contradicciones. La hora de la despedida se aproximaba. Temía por el cansancio de Irene, había sido un día intenso. Ante mi temor, dijo tranquilizadora: tengo todo el tiempo para descansar. Anochece cuando nos despedimos. Tratamos de salvar el instante, pero la emoción nos delataba.

De las personas queridas que nos preceden en el fin, quedan los recuerdos y las fotografías, también las cartas. Al buscar en ellas la vida que fue, advierto el comienzo de la relación epistolar con Irene, ya de manera personalizada, en febrero de mil novecientos ochenta y cuatro. Sus cartas aportan humor, saber, vivencias cotidianas que pasaban a ser interesantes episodios. Todo ello expresado a través de un lenguaje sencillo y claro, no siempre fácil de conseguir (como escribe Flaubert, «no es pequeño asunto ser sencillo»). He vuelto a releer estas cartas que dicen, sin duda, de la escritora secreta, a quien sólo la necesidad la llevó a escribir las páginas de su único libro, *Alla rinfusa*. En cuanto a las cartas, sé que entrecomillados de las mismas, hubieran iluminado el texto. Existen razones para no hacerlo, entre ellas, respetar el deseo manifiesto de la autora, su opinión respecto a dichas acotaciones.

Conoció Irene parte de mis escritos antes de ser publicados, incluso la primera parte de un libro en prosa inédito todavía y sin terminar. Quiso conocer lo escrito y supe su opinión, que debió animarme a concluir el libro. En una ocasión, ante la demora, comentó que no vería publicadas dichas páginas. Así ha ocurrido. Su mirada lectora y crítica está en el recuerdo y servirá de aliento para seguir. A Irene Mochi le gustaba leer el libro hecho, publicado, de ahí que solo le pasara aquello que deseaba conocer. Hace años, le hablé de una ponencia sobre Lampedusa, para un congreso que tendría lugar en Sicilia. Al regreso quiso que le enviara el texto. Tras su lectura, me hizo saber: has movido mucho para este escrito. Por sus palabras, entendí, y ya no comentamos más de aquel trabajo. Contar con su opinión y su sinceridad era un regalo.

En nuestra familia era considerada Irene como una amiga cercana y querida. Conoció ella parte de quienes la componen, incluso a los más pequeños. Nos acompañó en algunos acontecimientos familiares, cuando los mismos tenían lugar en Málaga, por el matrimonio de Concha, una de nuestras hijas, con Vicente Ramos (sobrino del que fuera ministro de la República Enrique Ramos, al que le unió un trato de amistad con el poeta Jorge Guillén, en aquellos encuentros del exilio). Por otro lado, las coincidencias de Irene Mochi con Salvador Montesinos, mi marido, eran amplias y divertidas. No faltaban en las cartas palabras intercambiadas, lo mismo al teléfono.

Junto al sentido de la belleza, poseía Irene otros dones, entre ellos, el sentido del humor y una ironía sabia. Sonrió al recordar que, en uno de los encuentros, preguntó en qué fecha había tenido lugar el viaje anterior. No lo recordaba bien y di un dato que entonces creía cierto. Después de contar ella con los dedos hasta nueve respondió: el tiempo en que se hace un hijo. Recogí sus palabras con pesar. Inolvidable

el ingenio de la anécdota, junto a otros momentos rescatados. Fue en junio de mil novecientos noventa y siete cuando llegó un sobre de Irene cuya escritura decía: «Señas definitivas (anticipadas)». En su interior encontré un recorte de periódico donde se comentaba del cementerio Inglés de Málaga. Uno de los apartados del artículo decía que allí estaban enterrados el poeta Jorge Guillén y su esposa italiana, Irene. El equívoco de la noticia dio lugar a un humor dulcificado que compartimos. Afortunadamente, la hemos tenido con nosotros unos años más, pocos al fin. Irene amaba la vida. Quizá ya no sintiera las «agonías del anhelo», por decirlo con palabras del viejo Chesterton, sí el beneficio de cuanto estaba a su alcance, y el amparo de un recuerdo hecho vida, los años en plenitud junto a la persona que amaba, el poeta Jorge Guillén.